

Carla Manuela Galindo Alonso
Colegio Sagrada Familia Siervas San José (Salamanca)
CASTILLA Y LEÓN



Vida. Esa era la palabra perfecta para resumir aquel día. Por primera vez me di cuenta en realidad del inmenso valor que tiene todo lo que nos rodea.

Perdonad mi indiscreción, mi nombre es Estefanía.

Aquella mañana de verano, exactamente 7 de julio, salí del instituto para volver a casa. Era una mañana tranquila, con un sol resplandeciente que iluminaba la ciudad, hasta la más remota esquina de las calles despobladas. Llegué a mi casa y mi familia me estaba esperando para comer. Nos sentamos a la mesa y hablamos del día, coincidiendo en que tanto mi madre, como mi padre, mi hermano pequeño y yo habíamos tenido una magnífica mañana sin problemas en el trabajo, riñas en el colegio o exámenes suspendidos. Definitivamente, era un día especial. Cuando acabé de comer salí al jardín a leer el libro que tenía empezado. Siempre lo hago, es algo esencial. Transportarme en la lectura con historias fantásticas es de las cosas que más me gustan. Me senté en la silla del jardín y comencé a leer bajo el calor del sol.

De repente me llamó la atención algo que vi a lo lejos, en la hierba divisé una hojita del césped que era diferente a las demás. Con mucha curiosidad dejé el libro sobre la silla y me acerqué a contemplar aquella magnífica hojita. Era de color azul, azul brillante y fuerte, azul tranquilo como el del cielo, azul musical como el del mar y transparente como el de los ríos. En realidad, todas estas maravillas de la naturaleza ya no son así: el cielo está inundado de gases contaminantes, el mar lleno de petróleo y sucio, y los ríos abastecidos de residuos.

Me quedé mirando a la hojita azulada pensativamente y bien de cerca, analizando hasta el más mínimo detalle. Cuidadosamente, acerqué mi mano y la rocé con los dedos. Era suave como una pluma y bonita como una flor de primavera. En ese momento, un palpito del corazón me dijo que tirase de ella con cuidado, y me impulsó a hacerlo.

La arranqué suavemente.

Se hizo un pequeño agujerito en la tierra e introduje un ojo para mirar. No se podía distinguir nada claro, sólo colorines y algo de movimiento.

¡FLASH!

El trozo de tierra en el que estaba sentada cayó hacia abajo, y durante los tres segundos antes de darme un buen golpe, sentí que volaba sobre las nubes cual pájaro libre. Pero esta sensación como he dicho antes, acabó pronto. Caí sobre una hierba que contenía todos los colores del arco iris: rojo, naranja, amarillo, verde, azul, morado.

Miré a mi alrededor y vi unas pequeñas criaturas que se movían por aquel mágico lugar. Unos duendecillos muy graciosos cultivaban frutas y verduras, reciclaban en contenedores de colores, cuidaban las plantas y la vegetación de una manera muy dulce, las aguas tenían un color cristalino, y no utilizaban coches ni autobuses. No había gases, se respiraba aire limpio. Se transportaban de un lugar a otro en una especie de bicicletas que no expulsaban gases ni contaminaban.

-¿Te pasa algo, pequeña? - me preguntó uno de los hombrecillos de repente

-No, simplemente es asombroso de la manera tan limpia en la que cuidáis vuestro lugar. De donde yo vengo todo está mucho más sucio y la gente no cuida el mundo. - dije agachando ligeramente la cabeza.

-Soy Adolfo, ven. Te enseñaré todo un poco más detalladamente y te daré las sencillas pautas necesarias para hacer del mundo un lugar que dure millones y millones de años y en el que nuestros hijos y toda su descendencia puedan vivir mucho mejor que nosotros y puedan disfrutar de este sitio maravilloso como es la Tierra.

Entonces, me llevó por todo aquel lugar, enseñándome cada rincón y cada espacio. Todo era diferente, todo era especial. En definitiva, cuidaban su lugar de vivir como una madre a su bebé, no hacían mal uso de ella ni la contaminaban. Hacían de ella un lugar natural en el que todas aquellas criaturas vivían felices. Quedé asombrada con todas las explicaciones que me dio, y pensé en lo maravillosa que sería la Tierra de ahí arriba si todos aportásemos nuestro granito de arena y la tratásemos igual de bien que los duendecillos.

-Y así es nuestro mundo- dijo Adolfo-. Creamos nuestro propio lugar en el que los humanos no nos destruyen nuestra casa, nosotros cuidamos de esta remota esquina del planeta y vivimos en ella. Verás, la clave es sencilla. Solo basta con tenerle cariño a todo aquello que nos permite vivir, a todo aquello que hace que seamos quienes somos, a todo aquello que hace que estemos donde estamos. Tenedle cariño y amar a todo lo bonito que nos rodea, y entonces, obtendremos la respuesta del corazón que nos impulsará a conseguir un lugar mejor.

-¡Estefanía, Estefanía!-oí las voces de mi madre

Todo lo había imaginado cuando me quedé hacía media hora pensativa mirando aquella ramita diferente. Entonces me puse en marcha y comencé a poner en práctica todo aquello que, en mi imaginación o en la realidad me había transmitido el duendecillo.

Hice una reunión con toda la ciudad y les dije lo mismo que el hombrecillo me había dicho. No podíamos dejar que este precioso sitio se convirtiese en lo que se estaba convirtiendo. Y así, de ciudad en ciudad, de comunidad en comunidad, de país en país, se fue transmitiendo este mensaje tan importante: la Tierra es de todos, y nuestra vida, de ella.

Quizás no haya conseguido algo como ayudar a alguien en apuros o salvar una vida, pero he impulsado que la Tierra, que forma parte de la nuestra, tenga la suya propia.